

20 de julio

Cuando llegué a Novelda me acordé de pronto de todas esas películas que uno ve de pequeño sobre indios y vaqueros.

El sol caía sin tregua, derritiendo las aceras.

En cada esquina reinaba el silencio. En cada recoveco, en cada casa, el vacío se adueñaba del espacio y hacía realidad aquel deseo infantil de encontrarme alguna vez en un pueblo fantasma.

Únicamente el par de ojos del tipo que había en la tienda de la gasolinera estudiaban mi cogote con esa mirada que solo se les echa a los forasteros.

—Pues sí que está vacío esto —suspiré.

La excusa a mi comentario fueron dos paquetes de tabaco rubio.

—Sí... hoy estoy aquí yo solo...

Posiblemente se le fueron las ganas de trabajar en el mismo momento de empezar el turno.

—Encima me vienes tú con cachondeo...

El soliloquio de aquel individuo continuó con un murmullo plagado de maldiciones y palabrotas, a las que yo respondía posando la mirada en todos y cada uno de los objetos de la tienda, como muestra de la mejor metáfora de un bostezo mental.

—Mire —interrumpí cuando pareció que el dependiente disminuía el ritmo de sus quejas—: acabo de venir de París. No tengo ni idea de lo que está pasando, pero lo que tengo claro es que a las siete y media de la tarde de un viernes tiene que haber gente en un pueblo. Y aquí no hay nadie...

Por fin le había dado una finalidad a todos esos miles de francos que mis padres invirtieron en una educación bilingüe.

—¿Cómo? ¿Es que no sabes qué día es hoy? Hoy bajamos la Santa.

—¿La Santa?

—Sí, Santa María Magdalena, la Patrona del pueblo.

—Y dices que bajáis...

—Sí, verás: está en un santuario guardada todo el año. Cada 20 de julio, todos van en romería para acompañar su bajada.

—Y cuando la bajen, ¿dónde la pondrán?

—En otra iglesia. La que está dedicada al otro patrón del pueblo.

—Entiendo. —Pero lo cierto es que no entendía nada.

—Perfecto. Pues te recomiendo que vayas. Ahora no encontrarás casi nada abierto, ¿sabes? Todo el pueblo está allí.

—¿Y dónde se supone que debo ir?

—¿En coche? A ninguna parte. Estarán las vallas puestas y es imposible pasar.

—¿Entonces?

—Deja el coche por aquí y ve andando.

—¿Está muy lejos?

—¡Qué va...! Unos cinco minutos...

Al final, y a pesar de las indicaciones de las poquísimas personas que encontré, conseguí adentrarme en el pueblo.

Comparado con el bullicio sudoroso de las calles de París, Novelda podría ser, a todas luces, un adelanto del Paraíso, pero con papeles y botellas de litro de cerveza por el suelo, lo que aumentaba, qué duda cabe, las ganas de subir al cielo...

Donde empecé a ver gente fue en los alrededores de una plaza. La Plaza de España (o Plaça Vella que decía el cartel en los soportales del Ayuntamiento).

En una parte de esa plaza, sentados a la desgana que supone la espera, unos músicos con sus instrumentos afinaban y se desesperaban casi al mismo tiempo. Bajo el Ayuntamiento había algunas chicas vestidas con trajes típicos de la localidad y algunas personas que llevaban puestas largas túnicas de colores. La escena era increíble.

Así, al menos, yo no sería el centro de atención.

Aunque había más gente vestida como yo, mi traje y mi corbata, todo de un negro tan reluciente como el de los zapatos, conjuntado a la perfección gracias al gentil parapetado de mis Ray-Ban negras, no pasaron desapercibidos. Además, colocado bajo la estatua de un tal Jorge Juan que había nacido y muerto en el siglo XVIII, yo era la única persona en todo el pueblo que no tenía ni la más remota idea de lo que tenía que hacer en ese momento.

Y a todo esto había que sumarle el hecho de yo nunca he sido hombre de muchas palabras ni ejemplo de buenos amigos, por lo que tener que empezar a hacer uso de mi maltrecho don de gentes mucho antes de lo que me imaginaba era todo un contratiempo para mí.

—¿Todo va bien?

El que hablaba era un tipo vestido de azul marino de arriba abajo. Y yo ya había visto demasiadas películas españolas para saber que se trataba de un policía.

—Sí, perfectamente...

Tal vez la respuesta desconcertó al gendarme. Tal vez buscase camorra, o tal vez tratara de evitarla. Pero al menos gané algunos segundos.

—¿Me enseña su documentación, por favor?

—Xe, Santiago, com es nota que eres nou. Deixa a l'home tranquil que estem de festa...

El que vino a liberarme era un sombrero de paja enorme que llevaba bajo su sombra la figura enjuta de un hombre de unos sesenta años, con un cigarro entre los dientes y a medio afeitarse.

Al final, por cansancio o por lo que fuera, el policía acabó por desistir, me dio un golpecito en el hombro como quien dice que mucho ojo, que te tengo vigilado, chaval, y desapareció entre la gente.

—I tu, què? D'on ixes?

—¿Perdón?

—Mira que clavar-te aquí vestit «aixina». Ni que fores «guardaespaldes».

Había oído hablar del valenciano, por supuesto, pero nunca hasta entonces había tenido la ocasión de escucharlo. Por lo demás, lo único que sabía decir en ese lengua era Bon dia (que no era gran cosa) y Hola, què tal? (que era todavía menos cosa).

—Me da a mí que no sabes «valensiano».

—No, señor, soy francés.

—¿De qué parte?

—De París.

—Nunca he estado. Y dime, ¿qué te trae por Novelda así vestido de pingüino?

—Es una historia muy larga.

—Bueno... Todavía tenemos tiempo hasta la procesión. Vamos, que te invito a un belmonte.

Después de escuchar el relato y descubrir que el belmonte era una mezcla de café, leche condensada y coñac, comprobé que mi acompañante ya llevaba tres o cuatro. Aunque la mayoría sin café ni leche condensada; pero eso sí, con mucho coñac.

El bar, decorado con imaginería taurina, fotos antiguas en tono sepia y un televisor sin voz al fondo de la barra, guardaba como enlatadas todas esas historias que ya no se cuentan por viejas, pero que encuentran un hueco en el paladar ante la simple mirada de un extraño. Tardé poco en convertirme en El Francés (eso a pesar de que ya había repetido mi nombre unas seis o siete veces), puede que algo más de lo que tardé en pedir un vaso de cerveza, que el camarero llamó «caña», y llevarme a la boca un cigarrillo.

—Bueno, lo que me tenías que contar; ¿qué haces por estas tierras? ¿De turismo por las fiestas?

—Pues la verdad es que lo de las fiestas me ha pillado por casualidad. —A pesar del bilingüismo, mi acento provocó que algunos de los tertulianos giraran la cabeza para mirarme de arriba abajo—. Querría haber venido a principios de julio, pero no he podido hacerlo hasta ahora.

—¿Algún negocio importante?

El que hablaba era el camarero que, entre caña y caña y whisky y whisky, se afanaba para terminar cuanto antes y no perderse nada de mi relato.

—Bueno, no sé —respondí—. Vengo a cobrar una herencia.

—Fotre. Si «nincara» resultará que El Franxute és novelder...

Eso sí que lo entendí. De fondo se entremezclaba un mar de idiomas y culturas que únicamente compartían el gusto por los buenos momentos.

—Yo no —contesté al final de la barra, que fue de donde me llegó aquella voz—, pero mis abuelos sí que eran de aquí. Emigraron a Francia cuando la Guerra Civil con mi madre y mis tíos siendo niños. Mi madre se casó en París con mi padre y ya nunca ha vuelto a España, pero mis abuelos sí que regresaron a Novelda. Casi fue un viaje de despedida, ya que mi abuelo estaba muy enfermo. Mi abuela, que ya no quería volver a Francia, se quedó sola en su casa y murió de pena.

—Menuda historia —suspiró la única mujer que había en el bar, detrás de la barra, con total seguridad esposa del dueño.

—I qui és... ¿Quién era tu abuela?

—Luego nos lo cuentas, Francés. La Santa lleva dos horas en el Paseo. Está a punto de salir en procesión.

El bar se vació en poco más de medio segundo.

—¿Usted no viene? —le dije al hombre del sombrero de paja, que ni siquiera se lo había quitado dentro del local.

—¿Yo? A mí no me gustan las procesiones. Ve tú si quieres. Yo me espero aquí hasta que llegue la Santa.

Salí del bar, con las gafas de sol sobre la cabeza, e hice lo adecuado en estos casos: seguir a la gente. Entre el Ayuntamiento y la Parroquia de San Pedro, como me había indicado Sombrero de Paja (nunca he sido muy bueno para los nombres), algunas decenas de personas ascendían por la calle Mayor.

La plaza se había vaciado como por arte de magia: ni músicos, ni chicas con traje típico, ni esos extraños personajes con aquellas túnicas. Únicamente quedaban los últimos

rezagados, esos que en las fiestas de cumpleaños llegan para tomarse las migajas del pastel y lo poco que quede en las copas.

Al llegar al Paseo de los Molinos eran exactamente las nueve de la noche y el sol ya se había dignado a esconderse un poco por detrás de las montañas, permitiendo que una leve brisa secase los agobios del verano.

¿Por qué se llamaba Paseo de los Molinos si no había molinos? Paseo sí que era porque la gente no hacía más que pasear: la mayoría continuaba bajando con sus mochilas al hombro, acalorados por el sol y felices; otros tomaban asiento alrededor de la carretera en maltrechas sillas de madera o sillitas de playa. Había incluso algunos que habían sacado a la calle sofás y sillas de comedor.

No entendía nada de nada.

Pero seguí andando. Bueno, andando no es la palabra exacta. Zigzagueando, esquivando, haciendo eses. Lo que fuera con tal de salvar la oleada de gente que iba y que hacía realmente difícil poder dar dos pasos seguidos en la misma dirección. Y por fin la vi. En un recodo de la carretera, iluminada por las tenues bombillas del trono donde estaba colocada. Sí, era ella, no había ninguna duda; era Santa María Magdalena. Una imagen relativamente pequeña, cargada con dos racimos de uva y distintas joyas. A su alrededor, habría unas cincuenta personas alargando la mano para tocar la figura, como si de un fetiche se tratara. Algunos alzaban a sus bebés para que sus manitas rozasen inconscientemente la figura. Otros simplemente se hacían fotos con ella de fondo o descansaban sentados en la acera, compartiendo las risas con quien fuera. Unos cinco o seis sacerdotes, ataviados con sus mejores galas, bendecían la imagen y arropaban a la multitud. Los músicos estaban, de nuevo, sentados en un rincón, como ajenos a todos. Algunos de ellos también hacían fotos, otros sacaban bocadillos de sus bolsillos o bandoleras y les daban mordiscos enormes. Yo seguí avanzando. Pero el pueblo se terminaba allí, en una larga carretera que —supuse— terminaría en aquella iglesia donde reposaba todo el año la Patrona del pueblo. ¿Y qué hacía la Patrona de un pueblo fuera del pueblo? El dependiente de la gasolinera me había dicho que ahora la pondrían en la iglesia dedicada al otro Patrón.

No quise hacerme más preguntas y me acerqué a un puesto callejero que había allí.

—¿Qué es?

—Paloma. ¿Vols?

El hombre que había tras el puesto estaba ajetreado, sirviendo a diestro y siniestro vasos y vasos de «paloma». Y por lo visto nadie los pagaba.

—¿Por qué se llama paloma? —pregunté.

—Porque te concede una paz eterna. Quieres o no.

—Sí, ¿cuánto...?

—La paz es gratis. —Y el hombre echó un chorro de aquel líquido en un vaso y luego lo mezcló con agua.

Todo en menos de tres segundos. La solución se volvió blanca y entonces entendí el porqué del nombre de aquella bebida.

Le di un trago.

—Sabe como a caramelo...

Y con el segundo trago me terminé el vaso.

—Veo que te ha gustado. Toma otro.

Y aquel hombre tan simpático me tendía otro vaso de paloma...

Después de cuatro vasos de paloma comencé a ver las cosas desde otra perspectiva. La procesión había comenzado. La Santa empezaba a moverse. Detrás, las autoridades del pueblo, los sacerdotes y la banda de música tocando marchas lentas. También estaban las chicas vestidas con los trajes típicos. Eran como una veintena, niñas y chicas, todas con bandas de color verdiblanco, excepto algunas que llevaban colgando la bandera de España. En algunas de esas bandas, bordado en oro, podía leerse: REINA DE LAS FIESTAS 2007.

A ambos lados de la calle, aprovechando la oscuridad, un centenar de personas iluminaban el paso con cirios. Como no había hecho otra cosa que seguir a la gente, y ya que mi organismo empezaba a profundizar en los efectos de la paloma, no me quedaba otro remedio que continuar haciéndolo. Así que compré en un puesto ambulante una vela, y yo creo que me cobraron lo que no me cobraron antes por las palomas. O igual era el acento, quién sabe...

El caso es que me coloqué delante de un hombre y su hija pequeña, los dos con velas, y detrás de una señora ya mayor que iba descalza. Con una falda, una blusa y sin zapatos. Igual era algún tipo de promesa, no sé...

Casi al final de esa calle, coincidiendo con el paso de la Santa, un ensordecedor estruendo, que terminó en un castillo de fuegos artificiales, resonó por todo el pueblo. Mi cabeza empezaba a pesarme sobre los hombros... La niña que tenía detrás no paró de reír durante diez minutos cuando vio que el tipo del traje negro que tenía delante había pegado un salto con el primer estallido de la pólvora.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —me preguntó el padre.

—No, soy de París.

—Se entiende. Aquí ya se sabe: cuando pasamos por el chalé de Jesús hay traca. Con el tiempo se irá acostumbrando.

¿Con el tiempo...? Tampoco es que yo quisiera pasar demasiado tiempo en aquel pueblo. Había venido para cobrar la herencia y ya está. Tras un año sabático en Dublín, país este al que doné cualquier tipo de ahorro y previsión de futuro que hubiera podido hacer en algún momento de mi vida, el dinero que recibiría de mi abuela me venía, sencillamente, y está mal decirlo, como caído del cielo.

Seguíamos caminando. Ahora estábamos en la calle Mayor, una vía adoquinada iluminada por tenues farolas de luz anaranjada que, sumado al efecto de las velas, le daba a todo un ambiente medieval algo siniestro.

Por supuesto, yo me dedicaba a mirar aquí y allá. Todo era nuevo para mí.

Desde todas partes se oía el incesante repicar de las campanas de la parroquia. La imagen de la Santa, portada por unos hombres trajeados que iban turnándose, avanzaba por la calle Mayor muy despacio. A su paso, las personas que veían la procesión se levantaban de sus sillas. De tanto en tanto un grito cruzaba la calle de lado a lado: ¡Viva Santa María Magdalena!; lo que era respondido por el resto con un ¡Viva! todavía más fuerte. También se oía «moreneta del Castell», supongo que porque la imagen era de talle oscuro.

Mi cola iba bastante más avanzada que la Santa. La vela se había consumido casi por la mitad, dejando un reguero de cera en el suelo como un camino de baldosas amarillas o un rastro de piedrecitas hasta el Paseo.

Cuando estaba a la altura de la Parroquia, una voz gritó:

—¡Eh...! ¡Francés...!

No había duda de que se dirigía a mí. Miré hacia la voz y vi que Sombrero de Paja agitaba ambos brazos y me hacía gestos como para que me acercara a él. Le di mi vela a la niña de detrás, me despedí de su padre y fui hacia donde estaba Sombrero de Paja.

—¿Qué pasa?

—Te he reservado un sitio de primera. Vámonos...

Entramos por la puerta lateral de la Parroquia y hacernos paso fue una tarea muchísimo más complicada que cruzar el Paseo de los Molinos de punta a punta.

El sitio que mi acompañante me había reservado era un espacio de veinte centímetros cuadrados en el interior de una lata de conservas llena hasta reventar. Me saqué como pude la chaqueta y me quedé en mangas de camisa.

—¿Y ahora qué va a ocurrir?

Pero no sé si esas palabras llegué a pronunciarlas o se quedaron en el recibidor de los pensamientos.

Hacía mucho calor. Los ventiladores de las columnas no hacían más que remover el aire y todas las personas que había dentro de la iglesia se abanicaban siguiendo un ritmo sin compás. Había gente por todas partes, en todos los rincones. En lo alto, junto al órgano, el organista estaba asomado y alguien a su lado hacía ráfagas de fotografías hacia donde estábamos nosotros. Mirando hacia arriba descubrí los frescos de la iglesia. Barroco, sin lugar a dudas. Fue lo último que pude pensar; Sombrero de Paja me lanzó un codazo a las costillas mientras dijo:

—Ya está aquí.

Me puse de puntillas y vi la figura de Santa María Magdalena entrando a la Parroquia, moviéndose al vaivén del paso de quienes la portaban sobre sus hombros. El órgano hizo unos acordes de introducción y la gente, con el bajo continuo de los aplausos, comenzó a cantar:

—A la peeerla de Orieeente canteemos, que en Noveelda refleeeja su luuuuz...

Nunca he sido muy religioso, la verdad, pero he de confesar que los pelos se me pusieron de punta con aquella demostración de religiosidad general. Era como si todo el pueblo, toda Novelda (que parecía estar en ese momento dentro de la Parroquia), cantase con una sola voz. Desde el lateral de la iglesia se veía a la perfección el avance de la Santa hasta llegar al altar. En ese momento, Sombrero de Paja me cogió del brazo y me arrastró literalmente hasta que conseguimos salir del lugar.

—Si nos quedamos un segundo más tardaremos media hora en salir...

La calle Mayor estaba a rebosar. Eran las once y media pasadas y yo nunca había visto una calle con tanta gente en toda mi vida. Vale, de acuerdo, tal vez sea una exageración; quizá en los Campos Elíseos haya más personas un domingo por la tarde, pero como son bastante más anchos que la calle Mayor de Novelda parece que esté más despejado.

—Xe, Francés... —dijo Sombrero de Paja como si me mirara por primera vez—. Esa qué es, ¿una moda de París?

—¿Cómo?

—Corbata y camisa de manga corta.

—No...

—Anda, quítate la corbata que te vas a ahogar.

Le hice caso, guardándola en uno de los bolsillos de la chaqueta.

—¿Dónde va la gente ahora? —pregunté.

—Ahora toca «albà», aquí mismo, en la Plaça Vella.

—¿«Albà»?

—Fuegos artificiales. En honor a la Santa. Luego hay una serenata en la Parroquia. Después creo que hay un acto de los moros y cristianos.

Eran demasiadas cosas para intentar digerirlas en un solo día.

—Pero tú tienes pinta de querer acostarte —concluyó Sombrero de Paja con una sonrisa.

—La verdad es que sí. Tengo cama en el Hostal Pasaje, pero... bueno, no sé muy bien dónde está y, además, tengo el coche en la entrada del pueblo.

—Pero ese no es ningún problema. Yo te acompaño.

—No hace falta...

—Xe, Francés, no me digues això... Pa' què estan els amics? Vinga, anem...

Unas horas después me desperté en la habitación del hostal por el estruendo de mil bandas de música pasando por debajo de mi almohada a ritmo de fiesta. Ni siquiera me asomé. Me di la vuelta y al fin conseguí dormirme. Estaba tan cansado...

21 de julio

Fue como una explosión. Un buuum retumbando por la habitación del hostel, repercutido por el silencio. Desperté. No tenía otro remedio. A ese buuum siguieron otros muchos. Me asomé a la ventana de mi habitación, la número 7, y vi que dos hombres paseaban por la solitaria calle. Uno de ellos iba lanzando cohetes de tanto en tanto; el otro tocaba una especie de oboe, pero muchísimo más agudo y penetrante.

Me duché sin mirar el reloj, pero consciente de que era lo suficientemente pronto como para que todavía estuviera cansado. Además, el efecto de la paloma parecía no haber desaparecido del todo. Era sábado, el despacho del abogado al que tenía que visitar estaría cerrado hasta el lunes y no me quedaba otro remedio que permanecer en aquel pueblo hasta entonces. Y luego cobrar la herencia de mi abuela y empezar de cero por enésima vez. En París. Sentar la cabeza. Enamorarme. Casarme. Tener un par de hijos, o quizá tres, y pasear por Montparnasse los domingos por la mañana.

Bajé a recepción y descubrí en el rellano de la escalera una foto de un castillo y una iglesia sobre una montaña. Supuse que allí era donde se guardaba la imagen de la Santa durante todo el año.

—El Castillo de la Mola... —dijo una voz a mis espaldas—. ¿Ha ido?

Se trataba de la dueña del hostel.

—No, aún no... Todavía no he parado quieto ni un segundo.

—Normal...

Incluso dentro del hostel se oían los cohetes y las melodías que emitía aquel instrumento.

—Eso es una xaramita cana...

—¿Lo que suena?

—Sí... Una xaramita cana, o dolçaina... Tiene muchos nombres. Tendrá que acostumbrarse a oírla, porque cada mañana hay «despertà».

—Ahm...

—Bueno, y entonces... Pierre Boubois, ¿hasta cuándo se quedará?

—Bueno..., no es Pierre Boubois... Es [pier buβuá]. Supongo que el lunes lo podré solucionar todo. Espero... Por cierto, ¿dónde puedo desayunar?

—Aquí mismo, en el Pasaje, justo enfrente.

Desayuné café con leche y tostadas con mantequilla y mermelada. Volví a salir a las sombras frescas de aquel pasillo entre calles cuando eran las diez menos veinte de la mañana. Al pisar de nuevo el asfalto vi un enorme cartelón de BINGO. Ahora los cohetes se oían más lejanos, pero se acercaba un sonido de banda de música tocando piezas muy movidas. Giró la calle una fila de diez o doce personas precediendo a la banda. Entre ellos pude distinguir al hombre de la procesión del día anterior, el que iba acompañado de su hija.

—Eh, Francés... Vente con nosotros...

—¿Dónde vais?

—A recorrer las comparsas... Anda, hacédle un hueco a mi amigo el Francés, que se viene de kábilas...

Volví a despertar en la habitación del hostel. Y entonces me pareció que todo había sido un sueño.

Todo...

El recorrido improvisado con aquellas personas, que formaban una “filà” según me dijeron, con la banda de música detrás expulsando aires de fiesta.

Cruzamos por en medio del mercado de abastos, con puestos de todo tipo en las calles.

Paramos el tráfico para que todo el grupo pudiera atravesar una avenida entera. Incluso, en una de las bocacalles, me puse yo, haciendo las veces de guardia de tráfico, dando preferencia a la «filà» y su banda de música.

Bebimos y bebimos. Bebí y bebí.

Y todo gratis.

Entramos en un supermercado, banda de música incluida, y la gente nos miraba con esa mueca alegre de las fiestas patronales, esa expresión que te hace olvidar por un instante que hay muchas personas de vacaciones a pesar de que tú estás trabajando.

Entramos en bares, cafeterías, carnicerías de barrio. Entramos en todas partes.

Nos cruzamos con otros grupos de personas que también llevaban su propia banda detrás, vestidos con chilabas de otros colores que pertenecían a otras comparsas.

Y todos se saludaban. Parecía que todo el mundo se conocía. Bueno, había gente que, aun sin conocerme, me saludaba, me daba abrazos, me ofrecía el líquido amable del interior de sus cantimploras.

En una comparsa me dieron a probar algo que estaba muy bueno y que se llamaba gachamiga, pero no tuve tiempo de pedir la receta.

Comimos paella cocinada a la brasa en otra comparsa, bajo todo el sol de julio, a las tres de la tarde, a esa hora en que si se cae un vaso de agua el calor lo evapora antes de llegar al suelo.

Acabé sin camiseta, bañado por el cubo de agua que a saber quién había lanzado desde el balcón de una casa, echado sobre una silla de plástico y con los pies encima de otra.

Terminé muy cansado y con los pies doloridos.

Y de repente, cuando abrí los ojos, estaba en la habitación de hostel, mirando al techo, con el aire acondicionado puesto y la televisión encendida, vestido únicamente con los pantalones e iluminado por esa media luz del anochecer, envuelto en un silencio abrumador que solo duró una milésima de segundo, pero en la que lo recordé todo.

Todo, incluso el momento en el que alguien me dijo que mi familia de Novelda no tenía mucho dinero, que era prácticamente imposible que la herencia que yo esperaba fuera millonaria, que ya veremos si sería dinero o una colección de deudas para acumular en los bolsillos raídos de la nada.

Tras esa milésima de segundo, dos golpes de timbales como los dos últimos latidos que le quedan a un corazón gastado, dieron paso al ritmo rápido de lo que parecía un desfile. Me duché rápidamente, con una bola de acero enorme siguiendo el ritmo del desfile en el interior de mi cabeza, me vestí con vaqueros y una camisa de manga corta y salí a la calle.

Sorteando la marea de personas, fui bordeando la larguísima verja negra que cerraba el paso de un edificio cuyo cartel anunciaba como Casino y llegué hasta las escalinatas de la oficina de Correos, donde pude obtener, no sin dificultad, un excelente puesto para contemplar el desfile cristiano, con esa sucesión de bandas de música y «filàs», todas luciendo vistosos trajes, maquilladas durante horas según los tonos de la vestimenta, con una persona al frente de cada una levantando aplausos y ovaciones. Todo un desfile de luz, color y música, que nunca había visto, pero que jamás olvidaría.

La bebida tiene ese contenido amistoso que nos hace abrirnos a las personas. Y eso ya lo explicó en su momento Charles Baudelaire. Durante el desfile, no fueron pocas las personas que se acordaron de mí y lanzaban aspavientos hacia donde yo estaba, saludándome con un grito mudo de sus labios o con la inclinación de sus cabezas. Esa mañana había conocido a muchísimas personas. Y de la misma manera que ellos habían de recordarme para mucho tiempo con el simple calificativo de Francés, sus nombres también se diluían en el hielo de los vasos con ese calor que despiden las luces de colores que adornaban las calles de Novelda.

Encontrar un sitio para cenar fue toda una odisea. Era como si hubiera reventado una presa y toda el agua hubiera anegado los campos. Por fin, en la terraza de un pequeño bar que hacía chaflán junto a un enorme parque, pude sentarme en la única mesa que quedaba libre y tomarme un bocadillo de tortilla de patatas y una cerveza al abrigo de un centenar de personas.

—Xe, Francés, pareixes el Senyor... Estás en todas partes...

Me volví hacia la mesa de al lado y descubrí la voz amiga de Sombrero de Paja, con ese eterno sombrero de paja calado hasta las orejas con el peso amargo de la conciencia.

—He visto el desfile...

—Precioso, ¿a que sí? Yo tenía a mi hijo el pequeño desfilando, pero ni siquiera lo he visto... Se empeña en salir de negre, y yo de negre pues no lo distingo.

Sombrero de Paja estaba acompañado de la que debería ser su mujer, pero ella no tenía ningún sombrero.

—¿Esta noche hay algo más? —pregunté.

—Para nosotros ya se terminó la fiesta por hoy. Igual nos pasamos por el Casino y echamos unos bailes, pero ja vorem... Tú que eres más joven igual prefieres la Barraca.

—¿Y eso dónde está?

—Pues cae lejos... De aquí, de la Glorieta, hasta allá, pues por lo menos diez o quince minutos andando... Pero espera, que llamo a mi chiquillo, que debe de tener tu edad, y así os vais juntos.

—Bueno, tampoco quisiera molestar demasiado...

—¿Molestar? ¡Ni mucho menos! Escolta, reina, te'n recordes del número del xicon...?

En efecto, la Barraca estaba en la otra punta de la ciudad. Se trataba de un descampado amplio donde habían ubicado un enorme escenario y dos largas barras flanqueando el aforo para expender bebidas. En el momento en el que yo llegué, acompañado por el hijo de Sombrero de Paja (este con un sombrero de tela) y un par de amigos suyos, un disyóquey pinchaba éxitos del momento y hacía bailar a la muchedumbre con ritmos variados. Y ya que en todas las historias que se precien tiene que haber una historia de amor, allí en medio, con un vaso gigante de Coca-Cola lleno de a saber qué pócima de la eterna belleza, estaba *Ella* para cumplir los mejores pronósticos.

22 de julio

Bailamos toda la noche, con esa manera tan extraña que únicamente se consigue no habiendo dado nunca ni una sola clase de baile. Ritmos inimaginables que iban saliendo de la mesa de mezclas del disyóquey o, hacia la una y media de la madrugada, de la voz de uno de esos cantantes de moda que recorren en verano la geografía nacional. Bebimos poco, la verdad, y tal vez solo para ocupar esos huecos de silencio necesarios en todas las conversaciones. Cuando el cantante de turno acabó y volvió a salir el pinchadiscos, ya lo sabíamos todo el uno del otro.

Ella era de Novelda, tenía ocho años menos que yo, había terminado Turismo hacía unos años y ahora trabajaba («...de forma temporal, porque estoy buscando otras cosas...») en la Casa-Museo Modernista. De pequeña había estudiado en las Carmelitas y a su hermano pequeño se le daba tan bien el dibujo que había sacado un nueve con tres en esa asignatura en las pruebas de selectividad, pero el caso es que acabó por apuntar primero la opción de Medicina.

Coral tenía el pelo castaño, largo hasta cuatro dedos por debajo de los hombros, aunque me advirtió que de tanto en tanto, y siempre sin previo aviso, se lo cortaba bastante («...así que no te sorprendas si aparezco un día con el pelo a lo chico...»). Sus ojos marrones escondían una leve miopía y una hermosa mirada que completaba en un triángulo perfecto la belleza de unos labios sensuales que pedían a gritos ser besados con la recóndita lujuria de la adolescencia.

Cuando las primeras luces de la mañana mandaban a los últimos borrachos junto al amparo atroz de las sábanas, yo ya sabía que Coral tenía en su habitación, como aquel que guarda un tesoro muy valioso, un póster gigante del grupo Take That, que era lo que ella escuchaba cuando tenía quince años («no te asustes..., ahora prefiero Green Day»), y que todavía dormía, sobre todo en esas noches de febrero, apretada al conejo blanco de peluche que la acompañaba desde los cuatro años.

Nos encontramos con una carrera ciclista en circuito urbano, una carrera que según me dijo Coral tenía muchísima tradición en el pueblo, ya que llevaba haciéndose más de cincuenta años.

Después desayunamos churros con chocolate en el Racó de Marcos, junto a otra treintena de personas que querían llenar el estómago antes de acostarse, y justo cuando la dejé en el portal de su casa, en la calle San Alfonso, antes de caer completamente rendido sobre la cama del hostel, el reloj de un campanario no muy lejano anunciaba las diez de la mañana como una de esas maravillosas maneras que tiene el azar de ponerle una banda sonora perfecta al primer beso de unos labios que acaban de conocerse, de unos labios que igual todavía no han descubierto que van a besarse para siempre.

Desperté diez minutos antes de las dos de la tarde, con cuatro horas escasas de sueño sobre las espaldas que pesaban más que un bloque de mármol (ahora que ya sabía que ese era uno de los pilares básicos de la industria local) y un hambre aterradora devorándome el estómago.

Como sucede en estas ocasiones, uno empieza a echar de menos los primeros besos cuando está un segundo sin recibirlos, así que llamé desde mi móvil al número de teléfono que Coral me había dado antes de que el portal de su casa devorara la dulce tonalidad dorada de su sombra.

—¿Ya estás despierta...?

—Un ojo solamente... Dime...

—Que hace unas horas que te dejé en tu casa, que me he pasado buena parte de ese tiempo durmiendo y soñando que estoy a tu lado y que no encuentro ninguna excusa mejor para invitarte a comer...

—¿En serio?

—Como te lo digo.

—Lo malo es que hay un problema...

—Dime...

—Hoy es el santo de mi abuela y de mi madre, y lo celebramos aquí en casa toda la familia.

—Ahm...

—Pero no sé..., un segundo...

Coral pareció diluirse en el aire unos instantes.

—Ya. Perdona...

—¿Qué ha pasado?

—Nada. He ido a preguntar una cosa. Oye, que si quieres puedes venir a comer a casa. Hoy estará todo cerrado o muy lleno...

—¿A comer a tu casa? ¿Y no será mucha molestia? Nadie me conoce...

—No importa. No te preocupes por eso... Además, donde comen cinco comen seis.

Poco antes de las tres de la tarde aparecí, duchado y vestido con las mejores galas que traía en mi maleta («ten en cuenta que hoy es el día grande en Novelda»), en la puerta de ese mismo edificio de la calle San Alfonso en la que horas antes había dejado a Coral metamorfosearse con las brumas de la luz tras los cristales.

—¿Seguro que no molesto? —dije como saludo inicial nada más abrirse la puerta. Coral negó con la cabeza. Ella también vestía de modo elegante, con un vestido negro cruzado en el pecho, con lunares blancos que rodeaban su figura de la misma manera que mis brazos la habían rodeado doce horas antes en uno de esos bailes que ninguno de los dos sabía bailar con exactitud.

Ya en la mesa, con sus padres, su hermano y su abuela, hechas las felicitaciones de rigor y disculpando un centenar de veces mi intromisión en tal celebración, expliqué de nuevo los motivos de mi llegada a Novelda: la herencia que yo pensaba millonaria y que no lo era; mi espera hasta el día siguiente, lunes, para comprobar de qué se trataba exactamente; mi estancia en el Hostal Pasaje en medio de todo ese trajín festero que en principio me venía grande pero al que ya me estaba acostumbrando; y, por último, el conocer a Coral en la Barraca la noche anterior y mi invitación a comer.

—Que al final ha resultado al revés... —terminé diciendo.

—Ya te hemos dicho que no te preocupes por nada —comentó su madre—. Es normal que te sientas un poco desorientado. Como quien dice, acabas de venir de París; te has encontrado con todo el lío de las fiestas. No te preocupes...

—¿I qui era ta «abuela»? —me preguntó su abuela, a mi derecha, poniéndome su mano sobre mi antebrazo.

—Iaia, que no sabe valenciano —dijo Coral.

—Eh? Que qui era ta «abuela»? —Esta vez chilló un poco más.

—Abuela... —suspiró, a mi izquierda, Coral.

—Te pregunta por tu abuela —dijo el padre—. Que quién era...

—Ah, tranquilos, se entiende bien el valenciano. Es parecido al francés: todo deriva del latín, ¿no?

—Eso dicen —dejó caer su hermano.

Les conté quién era mi abuela, quién eran mis padres, quiénes eran los padres de mis abuelos. Todo. Les detallé con exactitud notarial todo mi árbol genealógico hasta llegar al descubrimiento del fuego y el invento de la rueda y solo entonces atisbé un halo de iluminación en el rostro de la abuela Magdalena.

—Eixa era ta «abuela»? Clar que jo la coneixia... Va faltar fa poquet. El seu home, el teu iaio, va morir només arribar de França; va passar molt poc temps... I ella es va morir de tristesa, tota sola, sense voler tornar a França. Quan van marxar d'aquí, quan la guerra i tot això, la teua mare era molt molt petita. Mai han tornat, que «mosatros» sapiem; però «claro», la teua «abuela» estava més enraigada a la terra. Però «bueno», per «lo» vist els teus pares van portar els cosos dels teus iaios per a soterrar-los en França... Això sempre passa: no aprenes «lo» que és important per a tu mateix fins al moment en què «lo» has perdut. Ta «abuela» va voler vindre a Novelda a morir-se i tu, fill meu, has vingut a Novelda per a viure. Encara que tu no «sentisques» este poble en el cor, Novelda forma part de la teua sang.

A medida que la abuela Magdalena iba hablando, sus ojos se llenaron de lágrimas y le nublaron una vista de ojos grises. A pesar de que el padre de Coral me miraba con cara de que lo más seguro es que yo no hubiera comprendido ni una sola palabra, lo cierto es que entendí la mayor parte del discurso de la anciana.

—Entonces —dije yo—, ¿qué herencia me ha podido dejar mi abuela?

—«Herència»? Poqueta cosa. Era gent molt «humilde», com tots aquí, ja has vist. Mantenien la casa, però no sé jo en quin estat estarà... Per així dir-lo, la única «herència» «eres» tu...

De sobremesa tuvimos conversación, con un delicioso café bañado de recuerdos del pasado y anécdotas y salpicado de esas miradas que Coral y yo nos echábamos de la misma manera en que nuestros dedos se entrelazan por debajo de la mesa.

Su padre, Francisco, era jefe de ventas en una empresa de fabricación de mobiliario rústico. La madre, Magda, trabajaba en un porche de azafrán.

—Aquí no hay otra cosa —me dijo el padre de Coral—. Es el tridente mágico: uva, mármol y azafrán. ¿Las doce uvas de la suerte que se toman en Nochevieja? Pues son de aquí, del Vinalopó. Ahora los campos están preciosos, todas las cepas recubiertas con saquitos para protegerlas del sol. Te recomiendo que te pases. Y así nos mantenemos, a base de exportar y exportar.

—¿Y les va bien?

—Todo podría ir mejor, claro, pero vamos tirando. Aquí tenemos la regla de no quejarnos, o de quejarnos lo menos posible.

—Ya —dijo Nacho, el hijo pequeño, que tendría unos dieciocho años—. Y aunque nos quejemos nos fastidian igual...

Nacho se había mantenido al margen durante toda la comida, aduciendo una indisposición según él debida a «males festeros». Resaca, que también podría decirse. La verdad es que tenía muy mala cara.

—¿Y esta tarde hay algo preparado? —pregunté.

—Claro, chico —dijo la madre—. Esta tarde es la Procesión... Pasa por aquí mismo, así que sacaremos sillas y a verla. Ya verás como te gusta.

—¿Procesión? Como la de la bajada de la Santa...

—Parecida —dijo Coral—. Ahora, como la Santa ya está en Novelda, la procesión se hace por las calles del pueblo, por el centro y todo eso. El casco antiguo, vamos.

—¿Y la gente alumbra con velas?

—Sí... ¿Por?

—No sé... Me hizo gracia eso... ¿Y hasta entonces...?

—Pues si quieres, podemos ir a dar una vuelta por ahí.

La madre escuchaba con distraída atención la conversación que Coral y yo manteníamos.

—Pasear contigo —respondí— es lo único que quisiera hacer todo lo que queda de día.

A la hora de la procesión, después de deambular por calles y más calles cogidos del brazo y la cintura, lo que más apetecía era sentarse. Los padres de Coral habían llevado a la abuela a misa, pero antes habían dejado preparadas, como el resto de vecinos de las calles por las que discurría la procesión, las sillas del salón o del comedor. En mitad de la acera, como guardando sitio para que nadie se lo quitara.

Cuando la procesión pasó por la calle San Alfonso, vi niños y niñas vestidos de comunión, las chicas y niñas con el traje típico y las bandas de reinas de las fiestas o damas, músicos tocando marchas solemnes, las autoridades, tanto eclesiásticas como civiles, y un desfile de gente alumbrando con cirios que ya hasta me resultaba familiar. Algunas personas incluso me saludaban, y yo empecé a plantearme muy seriamente mis problemas de memoria. Luego pasó la imagen de Santa María Magdalena, y la gente se ponía en pie, gritándole vítores, vítores que también me resultaban familiares: «¡Viva la moreneta del Castell!», «¡Viva la Patrona de Novelda!».

Al terminarse la procesión, la madre de Coral se empeñó en hacer una cena ligera que recargara las fuerzas después de la copiosa comida. Tras eso, Coral y yo nos fuimos a la calle. La gente se agolpaba por todas partes. La Glorieta estaba llena. No había un espacio vacío para sentarse en las terrazas de las heladerías o de los bares. En ese instante, era posible que no hubiera ningún noveldense en sus casas.

—¿Y qué harás cuando cobres la herencia, sea lo que sea?

—Pues había pensado empezar de cero.

—Ahm...

—Ya sabes. Pero cada vez estoy menos convencido de que lo que me ha dejado mi abuela tenga algún valor para ayudarme a empezar de cero.

—Mañana lo verás, ¿no?

—Mañana lo veré.

Aquella noche, sabiendo los dos que la pasión que le habíamos puesto a nuestra cortísima relación se agotaba con la voracidad inevitable de los relojes de arena, estuvimos en silencio la mayor parte del tiempo, diciéndonos todas las cosas con la mirada, con los gestos, con las caricias encubiertas por la fresca brisa del Casino y el concierto de la Banda del pueblo en el templete.

Nos lo dijimos todo en esas horas, con el resumen de nuestros besos en la calle Argentina, en la calle Valencia, a la luz de todas las farolas que quisieron salirnos al paso, sentados ya de noche en un banco de la Glorieta, tan tarde que ya no quedaba ni un alma, o que era invisible a nuestros ojos, así como la música de las comparsas, enmudecida por el seco entrechocar de nuestros labios besándose toda la distancia que nos quedaba en la piel.

Por la noche, con los ruidos de la fiesta colándose por la persiana y ahogándose entre las sábanas, soñé en todos mis sueños que mi herencia era volver a nacer, pero en Novelda.

23 de julio

Nada más abrir los ojos por segunda vez, ayudado por un chorro de agua fría y una ducha que me supo a gloria, bajé a la recepción del hostel y pregunté por la notaría a la que tenía que dirigirme para cobrar la herencia de mi abuela. Fuese lo que fuese.

—¿Conoces la Avenida?

—¿Qué avenida?

—La avenida de la Constitución... ¿Te suena?

—Pues ahora mismo no sé... —contesté.

—Es fácil. Sales a la calle, la del Bingo, y la primera bocacalle a la izquierda hasta el final.

La dueña del hostel me dio un número de la calle con un «buena suerte» de propina: yo estaba tan radiante que dejé un euro de propina en mi desayuno del Cucuch. Era posible que incluso fuera millonario y todavía no lo supiera. Quién sabe.

Encontré el número en la avenida de la Constitución, bajo un sol abrasador y la impresión de que el lunes había puesto las cosas en su sitio y la gente en sus trabajos. Muy de tanto en tanto, pasaba un grupo de chicos y chicas con chilabas multicolores, llenas de regueros de manchas y aromas entremezclados. Apreté el portero automático de la calle, junto a un pequeño letrero de «Notaría Navarro», y a los pocos segundos contestó una voz femenina.

—Buenos días, soy Pierre Boubois. Mi abuela murió hace dos meses y me dejó algo en herencia. Soy de París, pero no he podido venir antes...

—¿Busca a Navarro?

—Bueno, no sé... Supongo que sí...

—Está de vacaciones hasta el 25.

—¿Y entonces?

—Pues vuelva el 25 y podrá hablar con él.

—¿Y usted me puede decir qué es? ¿Un sobre, un cheque...?

—Pierre Boubois, dice... Pues la verdad es que es un cofre...

—¿Un cofre? —pregunté yo extrañado.

—Sí, un cofre, un arcón, un mueble gigante que no hace más que molestar. Así que el miércoles viene usted y se lo lleva.

La chica colgó el telefonillo y a mí me dejó en medio de aquella avenida, con el ir y venir de personas con bolsas de la compra para recargar la nevera tras el desgaste de las fiestas, todavía más extrañado. ¿Mi abuela me había dejado en herencia un cofre? ¿Lleno de qué? ¿O es que solamente era el cofre y ya está? Igual era un cofre muy valioso, quién sabe. Contrariado como estaba, llamé a la única persona que me importaba en ese pueblo.

—Coral, estoy en la puerta de la notaría.

—¿Y bien? ¿Sabes ya qué es lo que te ha dejado tu abuela en herencia?

—Sí. Un cofre...

—¿Un cofre del tesoro? —preguntó ella con una risa.

—Ni idea. Tengo que esperar hasta el miércoles para abrirlo...

Coral y yo habíamos paseado toda la mañana, por los campos de vid con aquellos sacos que protegían los racimos de los rayos del sol. Coral me contó que había personas que se levantaban a las cinco de la mañana para ir a poner sacos a la viña, que les pagaban a tantos euros el millar, que así se pagaban las fiestas la mayor parte de los jóvenes. Paseamos por las calles semivacías de la siesta noveldera, un deporte nacional que ella practicaba siempre que podía y que había sido objeto de estudio y seguimiento el año anterior en la revista de fiestas *Betania*. Paseamos por el borde de las aceras, rozando el miedo de los equilibristas, fundiendo nuestras manos en una sola, haciendo que el tiempo pasara lo más lentamente posible antes del desfile moro, el siguiente acto del día.

—¿Sabes que mi hermano se ha puesto enfermo?

—¿Sí...?

—Eso dice. Y por lo visto está malo de verdad.

—Será el mal festero.

Coral rió mi ocurrencia.

—Su traje para el desfile va a quedar libre, y como ya lo tiene alquilado, si quieres te lo pones tú y haces la entrada con su «filà». Así, como yo también salgo desfilando, nos vemos después. ¿Qué te parece?

—Bueno... Nunca he desfilado, pero será divertido.

El resto de la tarde lo invertí probándome el traje de su hermano y yendo al garaje de no sé quién para que dos chicas nos pintaran cuatro rayitas en los pómulos y nos pusieran los pelos de punta. El ambiente era estupendo. Cayeron un par de copas y todo era compañerismo. Enseguida me sentí integrado en la fiesta. Puesto de traje (por cierto, un traje pesadísimo, que auguraba un desfile de lo más acalorado), era uno más entre los dieciséis chicos que formaban aquella «filà».

Ya en la avenida de los Reyes Católicos, con el agobio y los nervios previos a la salida del desfile, acercándose las nueve de la noche, uno de mis compañeros de «filà» me dijo:

—Bueno, Francés. La cosa es sencilla: primero pie izquierdo, y luego pie derecho. Si te lías, tranquilo; yo iré a tu lado y así no te pierdes. ¿Vale?

Asentí con la cabeza. Luego me explicaron que la colocación de la “filà” se debía a la altura de los miembros de la misma. Yo iría en el centro.

En la salida del desfile, en medio de toda esa marea de gente (festeros, músicos vestidos todos iguales, organizadores), en medio de toda esa mezcla de sonidos y colores, la concentración era máxima. Por parte de todos. Mi concentración se basaba en poder seguir el ritmo hasta el final del desfile, soportar el peso y el calor sin desmayarme y disfrutar como el que más. Cuando el altavoz clamó el nombre de nuestra «filà», nos pusimos en posición, siguiendo el ritmo de la música con el cuerpo. Cuando enfilamos la calle Virgen de los Desamparados podía verse a la perfección la plenitud del desfile, el colorido de las luces sobre el asfalto y ese ambiente festivo que se respiraba por todas partes.

—¿Qué tal el desfile?

Coral salía en una comparsa mora y se había esperado en el final del desfile hasta que yo llegara.

—Bien —respondí casi sin respiración—. Muy bien. Al menos he podido llevar el ritmo hasta el final. . .

—Eso es estupendo. Luego nos vemos para cenar, ¿vale? Yo tengo que ir a cambiarme al cuartelillo de mis amigas. Te llamo cuando acabe.

Más tarde, mientras cenábamos unas pizzas en la casa de una amiga suya, rodeados de quince o veinte parejas, Coral me explicó que lo principal era el local de la comparsa, eso que yo ya había visto en mi recorrido de comparsas del día 21 por la mañana; después, algunas «filás» montaban sus propios cuartelillos, en general garajes o cocheras donde cambiarse y maquillarse para los desfiles, hacerse algún cubata que otro antes de salir y servir de punto de encuentro para ir a la Barraca o a dar una vuelta por alguna comparsa.

—De visita —me dijo Coral—. Que todo no sea estar en la comparsa de una, que también hay que ver a los amigos de las otras.

—¿Os conocéis todos, no?

—Claro... Hay parejas que en fiestas se separan porque el novio está en una comparsa y la novia en otra y casi no se ven.

—Una lástima... También hay parejas que se crean en las fiestas, ¿no?

—Por supuesto.

Si me lo hubieran preguntado no hubiera sabido qué responder, pero el tiempo casi siempre da la razón y se encarga de poner las cosas en su debido sitio; lo cierto era que Coral se me había metido con la intensidad de una espina de pescado en el interior del corazón.

25 de julio

Había ocupado el día anterior en recorrer las calles de Novelda con Coral, empapándome de todas esas viejas historias que recogimos de la memoria colectiva como si de historiadores nos tratásemos. Me llevó a comer a un bar lejos del centro, donde nada podía asegurar que el pueblo estuviera de fiesta. Probé el chanchullo, que era una mezcla de sabores y aromas construida sobre una base de patatas fritas donde se iban apilando distintos tipos de conservas enlatadas y luego se salpicaba de almendras fritas. Todo un descubrimiento.

La tarde la llenamos en la feria, regresando a una infancia un tanto lejana y de la que yo pensaba que jamás me acordaría. De tanto en tanto, Coral y yo sacábamos el tema de la herencia de mi abuela. Y allí mismo, en lo alto de una noria resplandeciente como los ojos de mi acompañante, con la suave brisa del atardecer veraniego, Coral dijo:

—¿Y qué harás con el dinero?

—En el caso de que sea dinero...

—Ya, claro; en el caso de que sea dinero.

—Pues no sé —respondí—. Supongo que ahorrar un poco, gastar el resto con conocimiento y darme algún capricho que otro. Hace tiempo que voy detrás de una cámara digital, ¿sabes?

—No me refería a eso... —exhaló Coral como en un lamento.

—¿A qué te referías entonces?

—No es nada... Déjalo...

Siempre se ha dicho que tenemos que pedir los deseos desde lugares elevados, para que lleguen antes a las nubes y las nubes puedan cumplirlos. Eso me contaba mi madre de pequeño. No obstante, aquella noche del 24 de julio, en el interior del compartimento azul de la noria, el que estaba parado en lo más alto, no pedí ningún deseo, no deseé nada más que lo que tenía, no intenté alcanzar cotas insospechadas con alas de papel de seda. Suspiré, mantuve silencio y en ese preciso momento, con el arranque giratorio de la noria, que había de situarnos de nuevo con los pies en la tierra, lo entendí todo, entendí las

palabras de Coral, los silencios, aquellas sílabas que se quedaban en el paladar con ese temor atroz de precipitarse a una cascada sin final. Lo comprendí todo. Le pasé un brazo por encima del hombro y con la otra mano acaricié la suya horas y horas, con la recurrente visión del infinito en cada uno de los poros de su piel, hasta que habló de una traca de 1.000 metros que tendría lugar esa misma noche. Yo ya no estaba (ni lo sigo estando) para muchas carreras, pero corrí. A mi espalda, los petardos colocados sobre la calle explotaban cada vez con mayor velocidad. Coral, cuestión de forma física, llegó muchísimo antes, y con los cientos de personas que se congregaron para correr espontáneamente fue difícil dar con ella en un primer momento. Estaba agotado. Pero agotado de verdad. Y además hambriento. Para recuperarnos, Coral me llevó a la plaza del Ayuntamiento, donde tendría lugar una embajada humorística, con la firme promesa de una copiosa cena en cuanto acabara.

La embajada humorística era en valenciano y castellano. Las partes en valenciano casi no las entendía, y las partes en castellano sacaban a relucir personajes y temas de la ciudad que desconocía. Así que yo era el único en toda la plaza que no reía ninguna de las gracias de los dos actores. Y había bastante gente, creo que incluso más aún que el día de la Bajada.

El día de la Bajada de la Santa... El 20 de julio. El día en que llegué a Novelda. Quedaba tan lejano, y realmente había pasado tan poco tiempo... El problema era trasnochar, acostarte de día y levantarte de día, pensando que ha pasado un día más. Entonces te descuentas, tu reloj biológico se atrasa y se adelanta a su gusto, hasta que un día suena la alarma y tienes que dormir. La noche del 24 de julio, después de cenar codo con codo con media Novelda en las únicas dos sillas que quedaban libres de todos los restaurantes y bares de la ciudad, sonó la alarma de mi reloj biológico y tuve que irme a la cama. Apenas vi el principio de lo que Coral llamó «correfocs» y que no era más que un despliegue de luz y sonido, con fuegos artificiales y artistas disfrazados que hacían las delicias de los más pequeños. Antes de la una de la madrugada ya estaba durmiendo en el hostal.

Me desperté por los golpes en la puerta de mi habitación.

—Preguntan por ti... —dijo la dueña del negocio en cuanto abrí—. Coral dice que se llama.

Le dije a la mujer que bajaría en cuanto me diera una ducha rápida. Eso hice. En la recepción de la planta baja me esperaban unos ojos conocidos con mirada de pocos amigos.

—¿No tenías que ir a recoger el arcón esta mañana...?

—Sí... —respondí, todavía con la voz dormida.

—Pues son más de las dos. Ahora ya habrá cerrado la notaría. Te he llamado varias veces, pero...

—Ya, lo siento; ha sido inevitable: me he quedado dormido. Estaba rendido.

Coral sonrió.

—No te preocupes —dijo—. Las fiestas nos pasan factura a todos.

—De acuerdo... ¿Y ahora qué hacemos?

—Bueno... Yo había pensado que podríamos ir a la notaría esta tarde. Supongo que estará abierta, digo yo. Llamamos a mi padre para que nos recoja con el furgón de la empresa y cargamos el cofre con tu tesoro hasta mi casa. Y ahí lo abrimos...

—Vale, pero yo me refería a qué es lo que hacemos ahora... Te debo una invitación a comer.

—Pagas tú, que eres el millonario...

Se notaba que las fiestas estaban terminándose, ya que había más sitio libre en los restaurantes, las personas por la calle cambiaban la ociosidad por el trabajo y todo se llenaba de un bostezo general con hambre de resaca bajo un calor agobiante.

Coral me llevó a un restaurante de la avenida de la Constitución con la promesa de una buena paella. No me defraudó. El vino tampoco. Con una sobremesa de besos y caricias, nos terminamos el postre por la calle y nos refugiamos del calor y de la siesta en un pub de la Glorieta, a refrescarnos la garganta con refrescos de cola y ron y a hacer tiempo hasta las cinco y media o seis, que es cuando la Notaría Navarro estaría, suponíamos, abierta.

No estábamos equivocados. Respondió el propio Navarro, nos mandó subir con las prisas de quien se quiera sacar un peso de encima y nos recibió todo generoso.

—Ya era hora, señor Boubois... Tenemos lo suyo desde finales de junio. En principio fue un tanto complicado dar con usted, pero bueno, como verá todo se va solucionando. Lo malo es que ha llegado en plena vorágine festera, como habrá visto...

—Ah, no se preocupe; he tenido muy buenos acompañantes.

En ese momento miré a Coral, y Navarro miró a Coral como entendiéndolo todo.

—¿Lleva mucho tiempo en Novelda? —preguntó.

—Llegué el día 20 de julio.

—Bufff... Menudo follón... En plena Bajada.

—Alumbré con velas en la procesión...

—Eso está bien. Veo que se integra.

—Y tanto —dijo Coral—. Salió desfilando el día 23...

—Eso sí que es integración pura y dura —respondió sorprendido el notario—. Y bueno, a lo que vamos. Ahí tiene su herencia...

El hombre señaló un arcón de madera enorme, con remaches dorados y aspecto de haber pasado muchos años llenándose de polvo en un desván.

—¿Y contiene algo? —pregunté repleto de curiosidad.

—Eso ya no es asunto mío, señor Boubois.

El padre de Coral estaba esperándonos abajo. El hermano, que estaba casi recuperado de su «mal festero», nos echó una mano al notario y a mí para bajar el arcón por las escaleras. Cargamos el enorme cofre de madera en el furgón de la fábrica de muebles donde trabajaba el padre y fuimos a casa de Coral. Una vez allí, tenazas en mano, rompimos el candado (ya que la herencia no incluía la llave) con los nervios a flor de piel.

—Será un colección de monedas antiguas —dijo el hermano.

—O acciones y títulos de propiedad —comentó Coral.

—También puede estar vacío... —suspiró el padre.

Cuando la cerradura se rompió y el interior volvió a respirar el aire puro, todos pudimos ver el contenido de aquel arcón que mi abuela me había dejado por herencia. Todos pudimos verlo, sí, pero yo fui el único que no entendió nada de nada.

Dentro del arcón había multitud de objetos extraños, libros, papeles de colores... En general, cosas que no tenían valor material alguno, el cúmulo de recuerdos que mi abuela pudo atesorar antes de morir y que me había legado en herencia.

—Vaya... —suspiró la madre—. No me esperaba una cosa así. Ahí dentro están todos los Betanias, desde el año 53.

—Y una colección importante de aleluyas —dijo Nacho, el hermano de Coral. Sabía que el *Betania* era la revista que el Ayuntamiento editaba cada año por las fiestas patronales y de moros y cristianos, pero no tenía ni idea de lo que eran esas hojas de colores con la Santa de un lado y un poema del otro que Nacho había llamado aleluyas.

—Esto se utiliza el día de la Subida. Desde el balcón del Rochet se tiran cada año cuando pasa la Santa por debajo... Aquí hay por lo menos setecientos aleluyas.

—Y cajitas de azafrán de hace por lo menos cincuenta años... —dijo el padre sacando la mano del interior del arcón.

Todos y cada uno de los objetos que mi abuela me había dejado por herencia no eran más que un pedazo de Novelda. Había fotografías también, en las que salía ella y mi abuelo vestidos de «novelderos», con el mismo traje típico que luego vería aquella tarde durante la ofrenda de frutos al Asilo. Mi abuela me había legado una parte de su vida en su pueblo, un trozo de sus recuerdos, de su historia, del aroma de sus calles y el lenguaje de sus gentes. Mi abuela había resumido toda su vida en Novelda en el interior de un arcón de madera con remaches dorados y un candado, ya roto, que estaba oxidado por el tiempo.

Esa medianoche, apoyados en el capó de un monovolumen, admirando los fuegos artificiales del fin de las fiestas, entrelazando los dedos de nuestras manos, Coral y yo apenas dijimos nada. Yo miraba el brillo multicolor de sus pupilas al son de los fuegos artificiales y ella supongo que lo mismo...

—¿Y ahora qué vas a hacer? —preguntó.

—Pues volveré a París, no sé...

—Ah... ¿Estás desilusionado?

—¿Por qué?

—Por lo de tu abuela... Tú esperabas una herencia más millonaria.

—No, no —repuse yo—. La que tengo era millonaria también, solamente que para mi abuela... Y tú, ¿estás desilusionada?

—¿Por qué habría de estarlo?

—No sé... Por todo... Igual te he hecho perder el tiempo.

—No, no —contestó ella—. De ninguna manera. Han sido unas fiestas muy agradables, de verdad. Diferentes... Ha sido como si trabajara en la Casa-Museo Modernista: he ido enseñándote cada una de las partes que forman nuestra fiesta.

—Te estoy agradecido por ello.

—Yo también... —suspiró ella.

—¿Agradecida tú? ¿Por qué? No tienes motivos...

—Algún que otro motivo tengo, confía en mía.

Nuestras palabras se confundían con los gritos de entusiasmo provocados por algún castillo espectacular que ascendía a lo alto e iluminaba la ciudad entera por unos segundos.

—Esto es una despedida —dijo Coral, y no sé si era una afirmación o una pregunta.

—Tal vez...

Y nuestros labios volvieron a unirse en uno de esos eternos besos que se dan con la triste sensación de saber que será el último.

Primer lunes de agosto

Amanece. El sol ya se asoma iluminando las aceras, las casas y haciendo figuras amorfas con ayuda de los espejos retrovisores de los pocos coches que hay estacionados. Pocos, o ninguno. Desde lo alto, a vista de pájaro o de avión, Novelda tiene una forma muy característica: una especie de rombo asimétrico donde se condensa la vida de más de veintisiete mil personas. Desde lo alto, desde un avión por ejemplo, los ciudadanos de Novelda no son más grandes que un suspiro o una disculpa, no ocupan más espacio que una lágrima o una emoción. Desde lo alto, la romería de la Subida de la Santa tiene que verse como una marea de hormigas dirigiéndose al mismo punto. Tal vez... No podía saberlo.

Yo estaba abajo, a pie de calle. Después de abrir el arcón que mi abuela me había legado en herencia y ver que únicamente contenía un montón de recuerdos propiamente «novelderos», esa misma noche, el día 25 de julio, durante los fuegos artificiales del fin de fiesta, Coral y yo nos quisimos mucho más que lo que nuestros corazones podían soportar. Toda la noche, horas y horas. Y decidí quedarme. Y aquí sigo, en Novelda. Al día siguiente, cuando todos volvían a sus quehaceres diarios y los más pequeños poblaban las piscinas municipales, el padre de Coral, con eso de que sabía francés y castellano, me dio una oportunidad en la fábrica de muebles. Ahora trabajo en exportaciones, estoy medio día pegado al teléfono y ya domino bastante el inglés. Pero no es suficiente; Coral quiere que me atreva con el chino o el japonés. Ya veremos...

Me costó madrugar para la Misa, pero luego me dijeron que habría día de playa y yo ya soñaba con una siesta profunda sobre la arena. Coral íbamos de la mano y llegamos hasta lo alto del Castillo, dejamos a Santa María Magdalena hasta el año que viene y me enseñó todo el valle del Vinalopó. Mientras subíamos me encontré muchos conocidos de las fiestas, personajes anónimos que iban recobrando la virtud de sus nombres. Como Sombrero de Paja, que realmente se llamaba Ángel y que nada más verme subir la Santa me dijo:

—Lo dicho, Francés... Eres com el Senyor...

—I que el digues —respondí yo.

—Xe, no me digues que ja saps valencià?

—Un poquet...

—Lo tuyo es integración y lo demás son tonterías.

La verdad es que así era. Coral y yo ya tenemos fecha para la boda: el próximo 27 de abril en la Parroquia de San Pedro. Y sí, también me imagino lo que están pensando: que lo nuestro va muy deprisa. Pero nosotros preferimos hablar de amor a primera vista, de esas situaciones vividas con tanta intensidad que hacen que quieras a una persona (y a una ciudad) de esa manera tan rápida con la que pasan los días en unas fiestas de verano.